

## DISCURSO DE DON RICARDO SERRANO LOPEZ DE HEREDIA

Más gallarda que nunca, Concepción se nos presenta cariñosa y como admirada de sí misma, cuando abre sus senderos bañados de luz, para que nosotros, los ex alumnos de su Universidad, que ya disfrutamos del ambiente inolvidable de sus aulas, vengamos a purificar nuestras almas participando en esta emocionada fiesta del espíritu.

Nuestra Universidad, que no conoció al nacer, el oro de los filántropos, llega a sus Bodas de Plata mostrándose al mundo como fruto de las más generosas actitudes.

Su historia, que podría caber en la sola palabra sacrificio, se agranda en esta hora para descubrirnos los gestos fecundos de esta cruzada de esplendorosa culminación, interpretada hace unos momentos por la conceptuosa voz de dos Rectores, con esas palabras grandes y bellas, cuyos ecos armoniosos, resonando aún en el espacio, parecen invitarnos a meditaciones infinitas.

La nuestra es una responsabilidad de amor, ha dicho el dilecto poeta en ese canto magistral con que esboza la obra de esta Casa, que se honra contándolo en su seno. Y es cierto, señoras y señores, que es el amor en su fórmula más noble el sentimiento que preside aquí la función universitaria: el más puro de los amores, el amor a la verdad. Su misión, reflejada en el lema que habla del «desarrollo libre del espíritu», no se empaña con las diferencias sociales. Aquí no se conocen otros privilegios que los de la capacidad y el talento, laborando jun-

tos hombres de todas las ideas, que sin renegar de sus credos, en grandiosa conjunción de voluntades, rinden culto a esa virtud que es la tolerancia. Obra grande es, pues, la que ahora detiene nuestro pensamiento en reposado balance de conciencia, donde la columna de lo que le dimos se pierde ante la página ancha de lo que ella nos dió.

Y en este repaso incesante, nosotros, los ex alumnos, vemos muchas cosas, intrascendentes algunas, pero que no pueden diluirse en el tiempo. Paréntesis de recuerdos que se abren en nuestro agitado vivir, son como virtuosos sedantes del espíritu que infunden perenne juventud. ¡Cómo reaparece, más clara aún, esa mañana de abril, cuando cruzábamos por primera vez las puertas de la Universidad, tan alegres, que parecía como que entonáramos, cordial y rumorosa, la canción de la vida; aquella primera clase que escuchamos del docto maestro que ya se fué; las agitadas elecciones estudiantiles, cuyos resultados se perdían en ese mar tumultuoso de volantes multicolores y bulliciosas asambleas; esa ya lejana reunión secreta en que hablábamos de muchachas hermosas para elegir la reina de nuestras fiestas: el querido liceo nocturno, que nos suavizaba el corazón al contacto de los sacrificados alumnos que en frías noches de invierno acudían a oír nuestras lecciones; las clases, sinfonía pedagógica, de quienes más que profesores parecían ser nuestros amigos; y, por último, aquel día en que abandonamos las aulas, sabiendo que en ellas dejábamos los mejores años de la vida!

Por todo esto, las palabras del alumno que acabamos de escuchar nos impresionan hondamente. Ellos, como nosotros, matizaron con nuevas tradiciones la vida estudiantil y así todos, unos antes y otros después, sin quererlo tal vez, vamos hermozeando el camino a los que han de venir.

Su actitud es de agradecimiento. Nosotros también agradecemos; pero la nuestra es una actitud diferente.

Nada diremos de la educación privilegiada, de ética formación, que se proyecta feliz hacia una mejor convivencia social, pues nuestra palabra podría parecer vanidad. El tiempo con sus diarias experiencias, nos ha permitido, a unos menos que a otros, es cierto, ir sembrando la semilla de perfección humana que aquí se nos entregó. Discípulos encantados, con la mirada fija en esta Casa, fuente pura de fraternidad y de aliento, vivimos recibiendo de ella una lección de permanente inspiración.

Por eso decía que es una actitud diferente; hemos venido a agradecer; pero el nuestro es un agradecimiento acentuado por el correr de los años.

Llegamos en peregrinaje de cordial salutación, con la misma insignia azulada, ex alumnos de todos los tiempos, los que buscaron hace veinticinco años la vieja casa enclavada en una calle perdida y los que hasta hace poco poblaban la ciudad simbolizada por la rectitud de un campanil. Y en la quietud de esta tarde, junto al de nuestros maestros, recordamos los nombres de todos aquellos que fundaron esta Casa de Estudios.

Pronunciando la palabra gratitud saludamos a nuestra Universidad, en la persona de su ilustre Rector, don Enrique Molina, maestro de la juventud americana, a quien tributamos el homenaje afectuoso de nuestro respeto y admiración.

Señoras y señores:

Una tarde caminaba por el cerro que nos sirve de abrigo, y en la tranquilidad de ese recodo pintoresco desde el cual se divisa imponente la ciudad universitaria, yo pensaba cuántas veces nuestro Rector, en su diario paseo al Caracol, se habrá detenido, como el viajero de la leyenda, a contar su obra, que él mismo calificó de quijotesca y temeraria; espectador silencioso de ese cuadro de belleza, seguramente ha debido levantar su frente y con el alma, siempre abierta a las más puras ideas, habrá pensado en lo que todavía queda por hacer. Entonces acudían a mi mente aquellas palabras del poeta francés ante la

estatua del Progreso: «Cuando hay voluntad, los sueños no son sueños».

Y al ver ahora, desde el lugar que la suerte me depara, el espectáculo magnífico que se presenta ante mi vista, quiero terminar las modestas palabras que deban cerrar este acto con un pensamiento que sin duda aflora a vuestros labios. Al vernos aquí, señoras y señores, pensamos en lo que llegará a ser la Universidad si cada uno de nosotros le damos nuestro esfuerzo y nuestro espíritu. ¡Ayudémosla, con el fervor de los hijos de esta tierra, aunque sólo sea con nuestro afecto, y en un sueño promisor, con las pupilas entornadas y la mente clavada allá donde brillan las estrellas, contemplemos el maravilloso panorama de la Universidad de mañana!